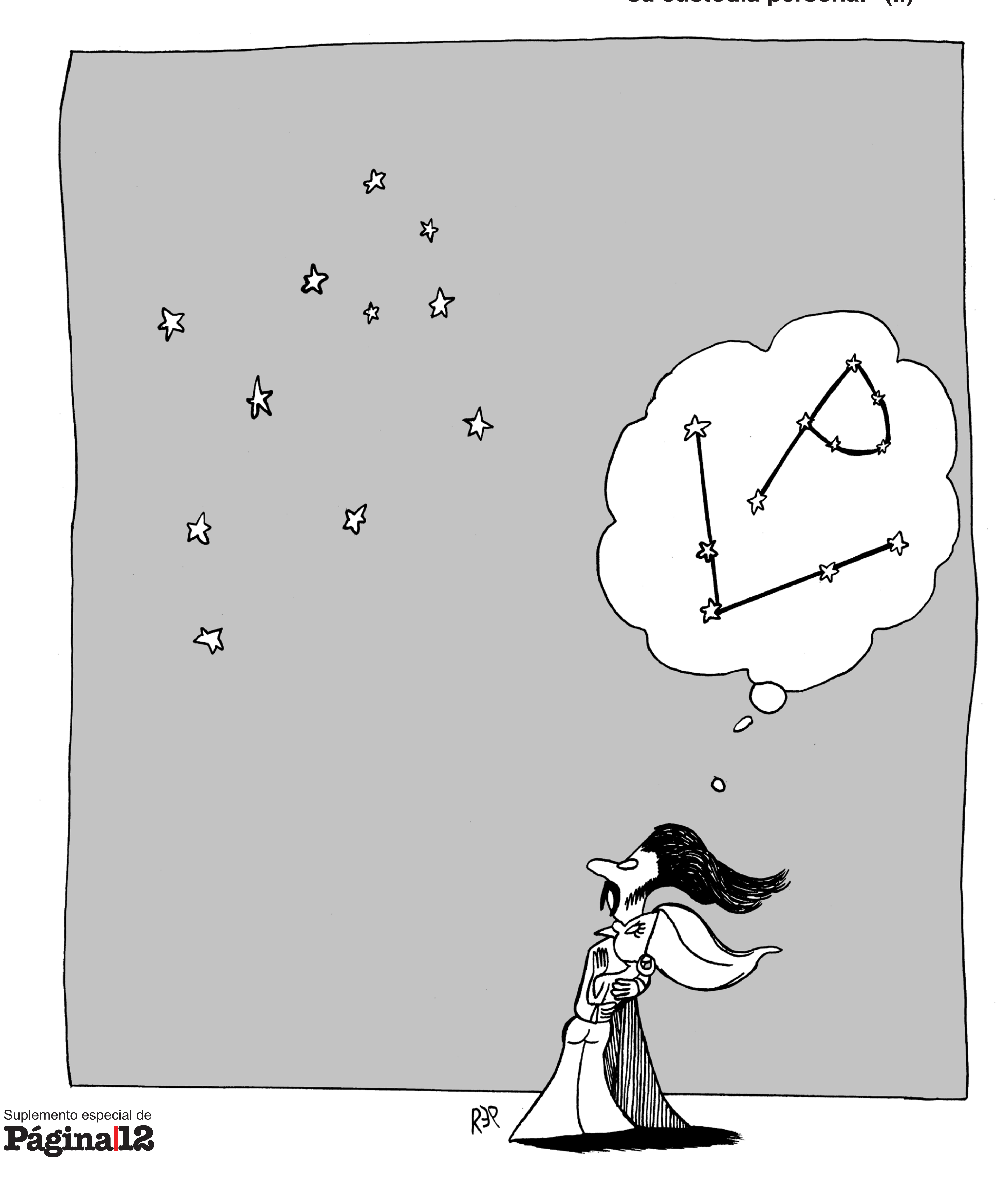
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

64 **"Buenos días, General, su custodia personal" (II)**



Suplemento especial de
Página/12

LA CREACIÓN DE VERDADES

Según nuestro relato lineal, Perón todavía no volvió. Pero nuestro relato no es lineal. Esa linealidad se ha establecido para ser violada siempre que haga falta. Al violarla resaltará los hechos por los cuales la violamos, al retornar a ella destacará que una indispensable inteligibilidad requiere cierta línea, pero no una *linealidad* porque, simplemente, la Historia no la tiene, ya que es azarosa, tiene el goce interminable de la contingencia, nos cede el estupor de la sorpresa. Aun cuando creamos conocerla. Nunca la vamos a conocer. *Siempre la tendremos que armar*. Cada uno la armará a su manera. ¿Y la *verdad*? ¡Ah, la verdad! La verdad sólo podría tenerla Dios, porque sólo Dios podría verlo todo, saberlo todo, y, por fin, totalizarlo todo en una síntesis absoluta que le permitiría decir: "Esta es la verdad". Pero Dios no se ocupa de estas cosas. Y si se ocupa no nos las dice, las oculta. De aquí esa frase: "La verdad no es de este mundo". ¿Qué es, entonces, de este mundo? Las múltiples, infinitas verdades. Eso no es la postulación de un relativismo extremo. No, siempre hay *una* verdad. Es la que tiene más *poder* para imponerse. En suma, la verdad que tiene el poder de imponer *su verdad* como la única verdad, porque prevalece o silencia a las otras, *ésa es la verdad.* La verdad es hija del poder. Cuanto más poder se tenga, más verdad se está en condiciones de imponer. Sólo un ejemplo. Es de hoy: los medios de comunicación (radio, televisión y grandes diarios) son el *partido político de la derecha*. Su considerable poder consiste en imponer *su* verdad como "la" verdad. Nicolás Casullo solía decir: "Apropiarse del sentido común". Paso abruptamente a la primera persona: nunca, como hoy, me aburrió hablar con "la gente". Años atrás –porque tengo, al cabo, la profesión del pensamiento– solía saber lo que alguien habría de decirme no bien pronunciaba su primera palabra. Pero a veces uno que otro –con saludable frecuencia– me sorprendía. Descubría, para mí, un aspecto de la realidad sobre el que no había indagado. Era hermoso. Hace años que apenas alguien empieza a hablar del país, de la política, de la presidenta, de la televisión o de –por nombrar algún héroe nacional del pensamiento mayoritario– Chiche Gelblung, sé todo, pero *todo*, lo que va a decirme. Ese hombre cree que está hablando. Pero no: está siendo hablado. A su través, habla la ideología de los medios. Que ha impuesto su verdad como la verdad. Muchas veces el que habla es –precisamente– Chiche Gelblung. De modo que podríamos concluir que hoy, en la Argentina, la *verdad* es Chiche Gelblung. Que esa verdad tiene expresiones más cultivadas –el tradicional y patricio diario *La Nación*–, más rústicas y frontales –la revista *Cabildo*–, más elusivas –las del Grupo Clarín–, más guasas y culocráticas –el tinellismo– o más "opinionistas", las del periodismo "reflexivo" de la tele o las columnas de algunos patriarcas de la *verdad*, tipo Grondona (cuya verdad se ha devaluado por deterioro de su capacidad para comunicarla) o Morales Solá (que está en un buen momento como creador de verdades). Uno de los problemas graves de la presidenta Cristina Fernández es que su sistema de enunciación de verdades (su sistema comunicacional) sigue siendo débil. Esto sólo puede compensarse mediante otro mecanismo de *creación de verdades*: los llamados "hechos concretos". Una buena gestión frente a la "crisis", por ejemplo, valdría más que veinte columnas del periodista Solá. Los "hechos" suelen ser grandes creadores de verdades: "*Ellos" tienen razón, aunque todos digan lo contrario, porque saben gobernar*. Perón, en 1945, no tenía los medios a su favor. Tenía toda la opinión de la cultura en contra. Todos los "formadores de opinión" opinaban contra él. Arrasó. Fue tanto lo que hizo que de nada sirvió el poder mediático-cultural de sus adversarios.

Estamos ahora ante un hecho similar. Ahora, quiero decir, en noviembre de 1972, que es donde estamos. El único medio que Perón tiene decididamente a favor es el diario *Mayoría.* Los demás se cuidan mucho. Menos, claro, *La Nación* y *La Prensa*. Pero hay un ejemplo formidable de contramensaje. De contrapropaganda. Aparece en una impresionante doble página. Aparece en *La Razón* (diario muy leído durante esos años: el gran diario de la tarde), *La Prensa* y *La Nación*. Es un notable corpus anti-Perón. Porque el ataque no es al "peronismo", que incluso podría semejar una diabólica creación del Maligno, pero víctima suya también, al menos sus integrantes. No, el ataque se centra por completo en Juan Domingo Perón. Él es el hombre que le ha hecho infinitos daños al país y del cual hay que protegerse. Es un trabajo exhaustivo. No deja nada de lado. No falta nada. Quien se atribuye semejante esfuerzo es la *Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora.* Es improbable que el gobierno de Lanusse haya participado de esta embestida total y de enorme ambición. Es el gesto final. El manotazo más poderoso. Es decir algo como: "Si con esto no entienden. Si no entran en razón. Si no abominan de ese hombre al que adhieren, ya nada más podemos hacer". La publicación es de febrero de 1973. *En plena campaña electoral.* No representa a ningún partido. Esta Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora funcionó durante muchos años y acaso todavía funcione. Es probable que estos tiempos le hayan hecho sentir que otra vez sus esfuerzos son necesarios.

En cuanto a la gente de la Libertadora hay algo de ellos que no puedo olvidar. Quiero ser ahora muy preciso para comunicarlo. No fui a ninguna hemeroteca. No me hace falta. Lo recuerdo por el mal momento que me hizo pasar. Era una muestra del horror que se venía y también de hasta qué punto algunos lo deseaban. Pueden leerlo en *La Opinión* del 17 de septiembre de 1975. El día anterior se habían reunido (no recuerdo dónde: casi seguro ante la tumba de Aramburu) los hombres de la "Revolución Libertadora". El diario de Timerman envió a un periodista que regresó aterrorizado de ese evento. Los "democráticos" de septiembre de 1955 se dedicaron casi exclusivamente a vivar a Pinochet. Injuriaron, por supuesto, a Perón. Al Gobierno. A los "terroristas". Vivaron a Aramburu. Alguien habló sobre su sagrada memoria. Pero los gritos más estridentes, los que más fiereza contenían, los que ensordecieron al pobre cronista de *La Opinión* fueron los vítores a Pinochet. La Libertadora, en 1975, clamaba por un Pinochet. Ellos, los democráticos, los republicanos, los custodios de la Constitución, de las instituciones, pedían a gritos un Augusto Pinochet. Pedían un baño de sangre. Pedían lo que tuvieron. La frase final del cronista fue: "El país puede ver qué le espera si esta gente llega al Gobierno". Llegaron. La Libertadora siempre está viva. Eso que Toranzo Montero llamó "el espíritu de septiembre de 1955" siempre tiene en quién encarnarse. Lanusse no fue a ese acto. Eran los últimos días del gobierno de Isabel Perón. Lanusse lo odió toda su vida a Perón. De él se podrán decir muchas cosas. Pero no era un matarife. No pertenecía a la calaña de estos vengadores sanguinarios. Al contrario, los enfrentó. "Señores, ustedes tienen que detener a la gente. Pero no secuestrarla. Tienen que detenerla, decir a quiénes han detenido y luego juzgarlos." (*Nota*: Esta versión me llegó a mediados de 1976. El que la trajo concluyó diciendo: "Compañeros, nuestra esperanza, hoy, es Lanusse". Muchos recordaron esa pintada: "Volvé, Lanusse. Te perdonamos". Muchos de los que estaban ahí habían militado a fondo por echarlo. Ese día darían cualquier cosa por su retorno. O por decirlo más dura y claramente: por una represión conducida por él y no por los afiebrados paranoicos que "fondeaban" más de "cincuenta por día", como mínimo. En una reunión en el Banco Interamericano de Desarrollo, Emilio Fermín Mignone ha sido invitado algo casualmente. El caso es que ahí está. Se pone a hablar con Walter Klein, el padre de Guillermo, el segundo de Martínez de Hoz. De pronto entra exultante el general Alcides López Aufranc. Ha sucedido a Martínez de Hoz como presidente de Acíndar. Intercambian saludos. Klein se preocupa por una huelga que hay en la fábrica. Y dice que tiene noticias de la detención de 23 delegados de fábrica. "El general, creyendo que yo también pertenecía a la banda adueñada del poder, contestó tranquilizándolo: 'No se preocupe, Walter –le dijo–, todos están bajo tierra'" (Emilio Fermín Mignone, *Iglesia y dictadura,* Universidad de Quilmes, **Página|12**, Buenos Aires, p. 20.). Así era Alcides López Aufranc, a quien llamaron "el zorro de Magdalena" en el conflicto entre azules y colorados. Ahora era el zorro de los secuestros. El aplicado discípulo de las lecciones de sus maestros franceses, los héroes de Argelia. Lanusse jamás habría enterrado a 23 delegados fabriles. Pero los de la Comisión de Afirmación de la Libertadora, sí. No en vano clamaban por un Pinochet. A Lanusse, si no lo mataron, fue porque era Lanusse. Pero le mataron a varios amigos, gente que había colaborado con él. Edgardo Sajón, por ejemplo. La revista *Cabildo* sacó en tapa una foto de El Cano abrazándose con Salvador Allende. Otra de su ministro de Educación Gustavo Malek. Y el título era: "La subversión cultural". Y había una nota de fondo: "Reflexiones sobre la subversión cultural en la Argentina" por el general Acdel Vilas. ¡Reflexiones!

PERÓN Y ARCHIE MOORE, LA EXTRAÑA PAREJA

Vamos, ahora, al formidable documento que publican los guerreros de la Libertadora. No fue en vano. Más de un tipo de clase media se dejó impresionar. Empecemos: el título es *Nadie hizo más que Perón.* El largo trabajo está dedicado a los "jóvenes civiles y de las fuerzas armadas". Busca evitar el "lavado de cerebro" con que el "totalitarismo" trata siempre de someter a los hombres libres. Ya se puede husmear –o más que husmear porque algo apesta a podredumbre– el carácter a la vez antiperonista y macartista típico de la Libertadora. Es lo que ya había inaugurado temprano la "insigne" Victoria Ocampo en la revista *Sur*. "Somos antiperonistas y anticomunistas." A ver: ¿qué hizo el "señor" Perón? Porque ojo: *nadie le decía general Perón.* Horacio Aiello –de quien ya hemos hablado, el periodista deportivo que se aterró cuando el arquerito Gabriel Flores se rascó una súbita, inesperada picazón en su culo, en vez de conservar esa mano en su cintura– andaba de un lado para otro, muerto de ganas de cubrir a fondo la gran nota para –creo– Canal 7. "Es el momento, es el momento", dice Aiello cuando ve el avión. "En ese avión que está por aterrizar en nuestro país, en nuestra patria, viene por fin el general. Eh, eh... ¡El señor Perón!.." ¡Qué patético! Qué tipo mediocre. En suma, qué triste cagón al servicio de los poderes establecidos. Seguramente luego le habrá dicho mil veces "General Perón". Pero creo que no apareció más. Hubo un periodista, Jorge Conti, un aventurero, un vivillo, que se avivó de todo desde muy temprano. Se puso al servicio de Perón. Al día siguiente llevó las cámaras a Gaspar Campos y él, que hasta hacía poco era un pinche, ya comandaba la operación. De Aiello, nunca más. No era el momento de decirle "señor" al general, Aiello. Todo estaba cambiando. Te equivocaste, Aiello. Kaput. Conti creyó que hacía lo correcto: se volvió un soldado de López Rega (ya lo veremos). Era un gran momento para los aventureros. Pero podían equivocarse. "Reemplazó el Himno por la marcha partidaria", acusaban los de la Comisión de la Libertadora. A ver, ¿qué más? ¡Atención! "Cuando murió su madre no fue a su sepelio." Hijo ingrato, enemigo de la familia, que es la base de la sociedad. Un hombre que no quiere a su madre, ¿a quién podría querer? "Sustituyó el Día de la Inmaculada Concepción por el Día del Campeón." ¿Qué campeón? Pascualito Pérez. Habrase visto infamia mayor. "Implantó la Ley de Divorcio." ¡Horror de horrores! Como los catolicastros, los chupacirios de la Libertadora, los guerreros del Cristo Vence la promulgaron de nuevo, yo, y tantos como yo, no nos pudimos casar otra vez y tuvimos que esperar, en mi caso, ¡ocho años! Recién me pude casar con el amor de mi vida en 1988 y la había conocido en 1980. Todavía estoy con ella, tarados. 29 años llevamos. ¿Cuántos de los que se casan bendecidos por curas preconciliares siguen juntos después de tantos años? Es posible, pero al costo de la hipocresía, de la infidelidad, de los incesantes cuernos, y todo por mantener la familia, por no hacer sufrir a los chicos. ¿Creen que los chicos no se dan cuenta de algo tan simple? Tienen padres que no se aman. Que no saben amar. Salvo a las convenciones hipócritas de su clase. Crecen sin conocer el amor. Después no saben darlo ni recibirlo. ¡Ah, pero qué familia tuvieron! Siempre unida. Los domingos a misa y tres polvos por año. Después los pibes les salen drogadictos. O coherentemente homosexuales: han visto que un hombre y una mujer no saben, no pueden amarse. Buscarán algo distinto. Señora, señor, ejemplos de la ley del matrimonio, sus hijos son drogadictos o gays o lesbianas. *¿Cómo no van a buscar una sexualidad diferenciada a la de ustedes si ustedes no tenían sexualidad?* Sigamos, ¿qué otros horrores hizo Perón? "Hizo sancionar la ley de prostitución." Esto lo hizo en medio de su conflicto con la Iglesia. Quería ponerlos nerviosos. ¿Putas protegidas por la ley? ¿Y las razzias de la cana? ¿En qué iban a quedar? Años después, Onganía, que le rezaba a la Virgen hasta cuando miraba *La familia Falcón* o *Tropicana club* con Marty Cosens, Chico Novarro y una joven María Concepción César que tenía una piernas excepcionales que algo debían incomodar la pureza espiritual del cursillista y tardío Franco de las pampas, prohíbe esa ley. Las putas son putas, son todas Magdalenas y él, hombre puro y militar ejemplar, bien puede tirar la primera piedra. Nombra al comisario Margaride. Que era un obsesivo del sexo. Del sexo de los otros. No quería que nadie cogiera. Hacía razzias furibundas en los hoteles alojamiento. Todos presos. Por pecadores. Venales, corrompidos e infieles. ¿O acaso no eran infieles? Un padre, una madre no van a un hotel alojamiento. Hacen la "porquería" en su casa. Y para procrear, como manda el Evangelio. Lamentablemente será el mismo Perón el que llevará otra vez a Margaride a la cumbre. Y con Alberto Villar. Villar le dirá: "Mirá, Margaride: olvidate de los hoteles alojamiento. Acá hay que barrer a los subversivos. Si cogen o no, no me importa. Yo no les quiero impedir eso. Quiero hacerlos boleta a todos. Que es, de paso, una forma de impedir que cojan". Sigamos: ¿qué más contra Perón? "Abusó de menores de la UES siendo procesado por haber cometido delito de estupro contra una niña de catorce años." Objetemos, ante todo, la palabra "contra". Porque a la niña, la célebre Nelly Rivas, no la violó. O sea, no fue "contra ella". Fue a favor. La piba, sin duda, colaboró con entusiasmo. Algo, seamos sensatos, necesario dada la edad del general. Este es el cargo más miserable. El que revela la bajeza de los acusadores, sus mentes pervertidas. Estos serán los que en los '60 prohibirán las películas con desnudos y besos de lengua y luego, en reuniones privadas, se darán cita para ver eso que llamaron las "Tortas". ¡Cuántos honestos señores católicos, serios, impolutos se excitaron viendo las "Tortas"! Ramiro de la Fuente, ejemplar censor, que veía una teta y sacaba su revólver como Goebbels cuando oía la palabra *Kultur*, hacía el trabajo. ¿Qué era la Torta? Era el rejunte de todas las escenas prohibidas. Toda la "basura pornográfica" que –para su bien– se le prohibía ver al pueblo, los buenos señores y las buenas señoras de las sagradas familias argentinas la veían en privado. Después vino Miguel Paulino Tato, el campeón de los cavernícolas. ¿Todos avalados por quiénes? Por la Iglesia Católica, las Damas de Beneficencia y los podridos oligarcas. Los desnudos de la Bardot, de las actrices de Bergman, de Senta Berger, de Jane Birkin, ¡de Isabel Sarli, que los volvía locos!, de las italianas: Silvia Koscina, Marisa Allasio, Georgia Moll, y los de Jeanne Moreau en *Los amantes* (aquí deliraban), y los de Magali Noel en *La isla del deseo*, y los de Michelle Mercier en *Disparen sobre el pianista* y los de Libertad Leblanc y los de tantas otras que habían nacido para regalar belleza. A la noche, llenos de las imágenes de la Torta, les hacían el amor a sus mujeres con todas las imágenes "prohibidas" en sus almas al fin calientes, y las mujeres (en las que no habían pensado ni un segundo salvo para taparles la cara con la almohada) les decían: "Pero, Checho Anchorena Unzué, ¡qué salvaje estuviste hoy! Mañana me tengo que confesar y el padre González Videla me encaja no menos de doscientos padrenuestros. Pero, por Dios, ¡valió la pena!". "Calma, Ernestina, no te desmadres."

Sigamos con Perón. Si quieren los detalles de los amores con Nelly Rivas consulten el libro de Gambini, que se deleita con estas cosas. La cosa es que Perón cayó y a la niña la echaron a patadas de la quinta de Olivos. Pero lo más bajo no fue eso. ¡Hasta dónde descendieron los de la Libertadora! Le obligaron a la chica Rivas a escribir un libelo que se vendió en todos los kioscos. Yo era chiquito y lo miraba con codicia. Pero no me animaba a comprarlo. Se llamaba: *Mis amores con Perón*. No dejaron una sin hacer. ¿Qué más? ¿Creen que esto no es importante? Por favor, ésta es la carnadura de la historia. Le reprochan haber filmado a Gina Lollobrigida aprovechando que llevaba un vestido de no sé qué tela, la filmó con filtros y la hizo aparecer desnuda. Dios, qué degenerado era Perón. *También hizo esto con las niñas de la UES*. Las filmaba, secretamente, en los vestuarios, cuando se cambiaban. ¡Qué material para masturbaciones incesantes! Admitamos que el huevonazo de Perón daba pasto para todo esto con esas alegres recorridas por la ciudad con las chicas siguiéndolo en las pochonetas. Ya vimos esto. ¡Pero nos falta la máxima! Es la que más gracia despierta en los peronistas. Perón, se sabe, amaba el deporte. Y trajo al país a ciertos boxeadores de prestigio: Sandy Sadler, con el "bolo punch". Archie Moore, algo viejo pero aún peligroso. Kid Gavilán, sólido, fuerte. La Libertadora, basada en estos hechos incontrastables, afirma: "Tuvo predilección especial por la amistad 'íntima' con pugilistas blancos y de color. A uno lo invitaba a reuniones 'muy privadas'". Se supone que era Archie Moore. Cuando estas blasfemias (algo bizarras en verdad) tomaron estado público en los '50, las masas peronistas respondieron: "Puto y maricón/ Queremos a Perón". Cuando el amor es grande todo es imposible. Además, la consigna era una burla a los inquisidores. Se les volvía todo en contra. ¡Qué cabezas podridas! Hoy, los peronistas, cuando se burlan de los gorilas, cuando éstos les empiezan a decir críticas contra Perón, aunque sean fundadas, se ríen y dicen: "Dale, ¡al final vas a terminar diciendo que se lo cogió Archie Moore!".

PERÓN, DE NAZI A COMUNISTA

Las críticas a *las bases ideológicas* son algo más serias. La primera es la más obvia: "Fue agente del nazifascismo". Pero no se pierdan el giro inmediato que da esta aseveración: "Consecuente con su vocación antidemocrática, cuando el Eje fue derrotado puso sus miras en el totalitarismo rojo". El vocabulario es así, eh. Sin más, sutil: *totalitarismo rojo*. Sin asco, a lo McCarthy. En resumen: Perón es esencialmente *antidemocrático*. Si el Eje no está, se suma al totalitarismo rojo. Porque lo suyo es la lucha contra la democracia. Y le da lo mismo ejercerla desde el nazismo o desde el comunismo. Y si no, lean estas frases: "Dijo: 'El peronismo vivió el influjo de la Revolución Rusa'". Dijo: "En 1946 restablecí relaciones con la URSS". Refiriéndose a Vittorio Codovilla y a sus rojos, dijo: "Nosotros nos sentíamos mil veces más comunistas que ellos". Dijo: "Yo aspiraba a ser el Lenin de esta Revolución". Dijo: "*Si Rusia me hubiera dado pleno apoyo, yo hubiera sido el primer Castro de América*" (cursivas mías). Hizo la apología de Mao Tse Tung. Dijo: "Si yo fuera chino sería maoísta". Y, por fin, dijo: "Ah, si yo hubiera previsto lo que iba a pasar, entonces sí: hubiera fusilado a medio millón o a un millón si fuera necesario" (9 de mayo de 1970). No voy a decir nada nuevo, pero Perón es un fenómeno para engendrar interpretaciones contrapuestas. La izquierda y los comunistas lo acusan de burgués nacionalista, de conciliador, de gatopardista, de usar a la clase obrera en beneficio propio, de otorgarle un sindicalismo conducido desde el Estado, de tornarla heterómoma y no autónoma, etc. Y la derecha setembrina lo acusa de comunista, de rojo, de maoísta. *De haberse entregado al totalitarismo rojo*. Interesa marcar que el enemigo, el verdadero enemigo de clase del proletariado argentino ve en Perón a un totalitario, a un antidemocrático, a un nazi que se ha transformado en un rojo. Al verlo como un rojo ve con precisión algo que la izquierda nunca ha visto: el amor de las masas por Perón siempre fue peligroso para el régimen. No creían que las masas eran arcilla mansa en manos de su líder. Al contrario, creían que en cualquier momento el líder podría perder el control y las masas desbocarse. Perón les concedía demasiado. Era posible que ocurriera un fenómeno imposible de contener. Que era exactamente éste: *¿Qué ocurriría si las masas, acostumbradas a conformarse con lo que Perón les concedía, empezaban (cebadas, golosas luego de vislumbrar un mundo de abundancia que les estaba vedado) a exigir más? ¿Qué ocurriría si –con total naturalidad, acostumbradas a recibir lo que sus exigencias requerían– pedían lo que ya no era posible concederles*? "No, compañeros, no puedo darles eso", diría Perón. ¿Por qué? "General, nos dio tantas cosas. ¿Por qué no un poco más?" Perón debería responder: "Porque tendría que tocar intereses que no puedo tocar. Este sistema es así. Ustedes son obreros. Puedo otorgarles muchas cosas. Porque soy generoso y los quiero conmigo. *Pero si hay algo que no puedo hacer es que ustedes dejen de ser obreros*". Este es el *exacto* punto que las clases dominantes siempre temieron de Perón. La *ultima ratio* –no de su odio, que viene de otros lugares– para arrancarle el poder. Esto es lo que no lo tornaba confiable. ¿Cuál es el límite del populismo? ¿Puede el líder populista manejar al pueblo dentro de los límites fijados por la división de la sociedad en clases? Sin duda, ahí reside su proyecto y su habilidad. Pero si las masas tanto lo apoyan, si tanto lo quieren, *si tan suyo lo sienten*, ¿por qué no habrían de pedirle más? Es cierto: él les enseñó la *pasividad*. El Estado dará, ustedes festejen, apoyen, vengan a la plaza, sean muchos. Pero esto no tranquiliza ni a las clases dominantes ni a los poderosos externos que las apoyan. Si Perón parecía tan dispuesto a hacer buena letra en 1954, ¿por qué lo tiran? Porque un tipo que convoca el amor del pueblo siempre es peligroso.

En cuanto a la violencia, el manifiesto de la Comisión de la Revolución Libertadora no deja una sin citar. Son muchas. Recuerdo a más de un profesional (un dentista, un farmacéutico, un oculista) que, cuando llegaba aquí, se paralizaba: "¿Todo esto dijo Perón?". O no lo sabían o se habían olvidado. Para la juventud la selección era una fiesta: "¡Qué grande

el Viejo! ¡Los tenía cagando!" Sin embargo, no. El célebre discurso del 31 de agosto de 1955 lo dice casi dos semanas antes de rajarse en la cañonera paraguaya. Ahí hay una grave asimetría entre el discurso y la praxis. Si un conductor dice que ése que intente alterar el orden puede ser muerto por cualquier argentino. Si dice: "Y cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos". Si dice que la lucha no va a terminar hasta que "no los hayamos aniquilado o aplastado", ¡no puede huir 15 días después! Ese discurso del 31 de agosto se le fue de las manos. Cuando salió del balcón empezó a pedir que le trajeran a Bengoa, el jefe de policía. Llega Bengoa y le dice: "Hoy puede pasar cualquier cosa. Ponga una decena de policías por cuadra. Saque a todos sus efectivos a la calle". Ya se había atemorizado de su propio discurso. ¿Cómo no pudo medirse? Tampoco se midió el 1° de mayo de 1974, cuando agredió a los "imberbes". Ahí también. Cuando sale del balcón se encuentra con Alende, el Bisonte. "General –le dice Alende–, ¿no fue demasiado?" "No se preocupe. A los muchachos sé manejarlos. Después voy a hablar con ellos." Pese a estas explosiones, Joseph Page, cuya biografía es buena y no revela grandes simpatías por el biografiado, dice en sus conclusiones: "Era un pacifista de alma, a pesar de sus ocasionales usos de retórica violenta y su aceptación de un terrorismo que favorecía a su causa, una curiosa contradicción enquistada en la esencia de su propia naturaleza. *Celosamente rechazó la violencia como un abierto instrumento de la política*. Su actuación en este sentido, aunque no sea inmaculada, parece ejemplar en contraste con la tortura y las matanzas que traumatizaron a la Argentina a finales de la década del '70" (Joseph Page, *Perón*, Segunda Parte, 1952-1974, Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 305). Añade, luego, que "este hombre" vilipendiado como el Hitler de América del Sur nunca hubiera sumergido a su país en una guerra.

EL RÍO MATANZA

Volvemos al 17 de noviembre de 1972, el Día de la Militancia. Mi misión: buscar a Domingo Bresci en su parroquia. Que no era la de San Vicente de Paul, en Mataderos, ni la que tiene ahora, que es muy linda. No recuerdo dónde estaba la parroquia. Pero ese día, sí. Estacioné el Renault 12. Esta vez lo estacioné en la puerta de la parroquia. Porque cuando iba a dar una charla a Unidad Básica de la JP lo dejaba a dos cuadras; tener auto no daba bien. Golpeo. Me abre Domingo. Estaba de magnífico humor. "Vení, pasá." Entro y me presenta a los cuatro curas. Todos tipos bárbaros. Vestidos de civil, pero con pulóveres de cuello cerrado y una camisa de cuello redondo asomando por sobre el pulóver. Eso les daba aspecto de curas. Domingo estaba igual. Tenían la tele encendida. Estaban sentados en un sofá y miraban con mucho interés. Había un mate y facturas. Olvidé decirlo. Pero afuera llovía despiadadamente.

–Llegaste tarde –me dice Domingo–. Ya está por llegar Perón.

–¿Estás seguro?

–Creo que sí.

Domingo se hacía cargo de la evidente decisión de los otros curitas. Se estaba muy bien en la parroquia. Ambiente cálido, mate, factura, la tele andaba fenómeno, no nos íbamos a perder nada, todo en primer plano.

–Miren, les voy a decir lo que pienso –dije para redondear una decisión–. A mí no me gusta caminar. Y menos bajo la lluvia. En cuanto a la militancia, la cosa no me atormenta. Hago un montón de otras cosas por otros lados. Vayamos o no vayamos, Perón va a llegar igual.

Todos estuvieron de acuerdo. Todos dijeron también que hacían un montón de cosas por otros lados. Creo que a Domingo le costó un poco más que a todos nosotros. Pero al final aceptó. ¡Qué espectáculo! Lo vimos llegar a Perón. Bajar. Lo vimos a Rucci arrojarse sobre él con el paraguas. "Hijo de puta", dijimos. "No hizo nada para traerlo y ahora lo pone bajo su paraguas." Abal Medina estaba serio, tranquilo. Muy digno. Hubiéramos preferido que el paraguas lo sostuviera él. Pero Rucci era un patotero y lo madrugó. O tal vez Abal Medina ni bola le daba a eso del paraguas. Estaría pensando en cosas más importantes. Y así se lo veía, pensativo. Como dije: la pasamos muy bien. Como dije: si el Día de la Militancia se llama así no será por nosotros. Los militantes se metieron por todas partes. Se aguantaron los gases desde los helicópteros y hasta las balas de goma. Algunos, muchos, en un acto que fue para ellos una prueba de entrega, coraje y militancia extrema, cruzaron a nado el río Matanza. Entre ellos, Conrado Eggers Lan, héroe del diálogo entre católicos y marxistas, uno de mis maestros y amigos más queridos. Al breve tiempo publicaría un libro: *Peronismo y liberación nacional*. El título no podía ser más previsible. Pero tenía un buen prólogo. Instaba, en él, a todos los intelectuales a abrazar la causa del pueblo. Y terminaba con esta frase: "¿Tendrá cada intelectual que cruzar su río Matanza?". Lo siento, Conrado: tendría que probarme en otras encrucijadas porque el río Matanza no me sirvió para probar nada. Me despedí de Domingo y los curitas. ¡Estábamos todos contentos! Perón había regresado y lo habíamos visto todo bárbaro y sin mojarnos ni un cachito. A la noche me encuentro con Miguel. "No te vi en todo el día." "Estuve en la parroquia de Domingo. Lo vimos por televisión." "¿Pero no te da vergüenza, carajo? Hubo más de 300.000 personas y vos te ves el partido por televisión, lo echás a perder a Domingo y no hacés nada, ni te mojás, ni cruzás el río Matanza..." Ahí lo paré. "¡Terminala, Miguel! Uno no es un militante porque se moja ni porque cruza el río Matanza. Yo no necesito ponerme a prueba con esas boludeces supuestamente heroicas. Mañana te voy a escribir el mejor volante que vas a tener en tu puta vida para tus militantes y listo." Empezó a llover de nuevo. Fuerte, un chaparrón. "¿Trajiste el auto?", pregunta Miguel. "Sí." "Bueno, vamos porque me estoy cagando de frío." Teníamos una reunión en el bar de Independencia y Urquiza. Al lado de Cimarrón. A media cuadra de la Facultad de Filosofía. Era el bar Urquiza. Un bar que se llenaba de fanáticos de la causa del federalismo y llevaba el nombre del más grande de sus traidores. "Tenés cada cosa vos", sigue Miguel. "Mirá que no venir por no mojarte. No digo que seas un cagón." "No me lo digas porque te voy a decir que sí." "Turro, zafás fácil. No, cagón no. Pero sos cómodo, José. Cómodo como la gran puta." "Oíme, Miguel. La culpa es de Perón. ¿Cómo se le ocurre venir en un día de mierda como éste? ¡La antítesis de un día peronista!" Miguel reflexiona. Después dice: "Tenés razón. Otra contradicción del Viejo. Vas a tener que darle una interpretación mañana". "Bueno, pero mañana." Puse la calefacción.

El bar Urquiza desbordaba de militantes de la Tendencia. Había de todo, hasta profesores de las Cátedras Nacionales. En una mesa lo vi a Roberto Carri, hablaba sin parar y todos lo escuchaban. En nuestra mesa, los héroes del río Matanza cuentan sus hazañas. No la pasaron bien, es cierto. Bonasso escribe: "Allí, en el tramo de terreno que se extiende entre el Puente 12 y el río Matanza, se darán los encontronazos más reiterados y brutales, hasta que la neblina de los gases inunde a todos, manifestantes y policías y la gente corra hacia los yuyales, tapándose la boca con un pañuelo empapado en bicarbonato. Allí seguirán las broncas hasta mucho después de que alguien descubra el avión que se acerca y empiece a corear: 'Atención, atención/ aquí llega un montonero/ y se llama Juan Perón'. Nadie sabrá cuántos peregrinos han intentado romper el cerco. El gobierno calcula 90.000; el peronismo medio millón. En cualquier caso son muchos los que desafían al imponente aparato militar" (Miguel Bonasso, *El presidente que no fue,* Planeta, Buenos Aires, 2002, p. 421). Ahora están satisfechos y discuten planes para el día siguiente. La situación de Perón –ya lo veremos– aún no se resolvió. De modo que hay que estar atentos por si la movilización popular se requiere otra vez. El día anterior Lanusse había dicho: "No voy a permitir puebladas". Y es cierto: los militares les tienen terror a las puebladas. Perón también: si se rajó el 16 de septiembre fue porque –de resistir– se habría arriesgado a un desborde de masas, a que el pueblo no sólo se armara, sino que fuera *más allá* de lo que él, como milico, como hombre de orden, estaba dispuesto a aceptar. Porque Perón –entre 1945 y 1955– quiso mucho a su pueblo, pero le tenía asignado un lugar del que no quería que saliera. El desborde, la anarquía le disgustaban en extremo. Resistir –sé que estoy insistiendo en algo ya dicho– habría sido correr el riesgo de caer en eso. De ser *sobrepasado* por la ira popular. De tener que ponerse al frente de algo que no quería. *De tener que ir más allá de sí mismo.* No quería una insurrección popular y la resistencia casi lo habría condenado a eso. Ahora –al volver– no era él el que se arriesgaba. El problema era de Lanusse. Que no permitiría "puebladas". No las hubo. Los problemas que se avizoraban eran otros. Un militante, en nuestra mesa, dijo algo que sonó insólito para algunos, cómico o absurdo para muchos, pero grave para varios.

–Se vienen muchos problemas –dijo–. Pero hay uno en el que todavía casi nadie piensa. López Rega, compañeros. El payaso es mucho más que un payaso. Es un enemigo siniestro. A él nos vamos a tener que enfrentar.

–Los montos lo bajan cuando se le canten las pelotas al boludo ese.

–No creas. Perón lo protege mucho.

–¿Y cómo va a ser tan hijo de puta si Perón lo protege?

Ahí, sensatamente, alguien dijo: "Tendríamos que pensar en serio sobre la gente que Perón protege. Hay cada uno que mete miedo". Otro dijo la frase más divertida que alguna vez dijera la Jotapé. Atención, maestro Sábat: esto es para que usted se revuelque de la risa.

–López Rega es la CIA. Por eso Perón lo tiene al lado. Para tener cerca al enemigo.

Nadie se lo creyó. Les pareció un disparate. Era, además, un día de triunfo. ¿Para qué amargarse con boludeces como ésa? Entonces el intelectual de la mesa, el que no había cruzado ni olido el río Matanza, pero se sabía de memoria textos de Evita, y sobre todo algunos tan misteriosos como el que ahora va a citar, dijo:

–Disculpen, ¿no? Pero en todo esto no habría que descartar algunos elementos de locura de Perón que siempre estuvieron presentes. Evita, que si conocía algo de Fouché era porque Perón se lo había dicho, en las clases que dicta en la Escuela Superior Peronista dice algo que siempre me atrajo: "Cuenta la historia que uno de los hombres que estuvo más cerca de Napoleón fue Fouché, y nadie se explicaba por qué, siendo Napoleón un genio y un conocedor de hombres, siempre lo tenía tan cerca y lo distinguía. Pero, siendo que Fouché le era desleal, Napoleón lo tenía demasiado cerca porque lo conocía bien y necesitaba controlarlo". Eso, créase o no, está en la *Historia del peronismo* de Evita, clases dictadas en la Escuela Superior Peronista en 1951. El mismo lugar en que Perón dictó las de *Conducción política*.

Casi les amargo la jornada a todos. El retorno de la acción, de las noticias fulminantes, volvió a erizar los ánimos. Alguien abrió la puerta del bar y entró con cara de desesperado:

–¡Compañeros! –gritó–. ¡Perón está preso en el hotel de Ezeiza!

Todos salieron rajando del bar. Se sentían la custodia personal del líder. No digo que me quedé solo, pero por ahí. Un mozo se me acercó.

–¿Quién va a pagar todo esto?

–Qué sé yo –dije–. Perón.

Pagué mi cortado y me fui. En Ezeiza todo era tan caótico que un comisario inspector de apellido Díaz apuntaba a Perón con su pistola y gritaba como un loco:

–¡No me obligue! ¡No me obligue!

Estaba a punto de matarlo. Lorenzo Miguel larga un alarido de desesperación y –heroicamente– lo cubre al general con su propio cuerpo.

¿Vieron que el peronismo es algo más que comer tallarines los domingos con la vieja?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann-Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Gaspar Campos era una fiesta